



# QUEVEDO: LA OBSESION EXCREMENTAL

A Severo Sarduy

**A**L concluir la guerra civil, la sirvienta que se hizo cargo de mí y de mis hermanos y nos cuidó con el amor y la solicitud de una madre, solía referirnos la historia de un tal Quevedo, que, habiéndose bajado las calzas para defecar en un lugar público, de espaldas a los viandantes, fue sorprendido en dicha posición por un "distinguido caballero italiano. "¡Oh, qué vedol!", habría exclamado éste con horror al contemplar el *corpus delicti*, si se me permite la expresión, con las nalgas en la masa. A lo que habría respondido el español con mal oculto orgullo: "Anda, ¡hasta por el culo me conocen!".

Eulalia reía hasta saltársele las lágrimas cada vez que nos contaba la anécdota. Ella, que con toda seguridad no había leído una sola línea del autor del "Buscón" e ignoraba por completo su creación literaria, hablaba familiarmente de él, asociando siempre su cómica, extravagante figura al acto de defecar u orinar, al excremento y las ventosidades. Mientras los críticos y estudiosos de la obra de Quevedo acostumbran a esquivar con un mohín de disgusto la obsesión escatológica del escritor o la despachan con unas breves frases condescendientes, cuando no francamente condenatorias, el ejemplo de Eulalia muestra que, al revés, sus abundantes alusiones coprofílicas y la leyenda que las envuelve son conocidas y apreciadas por la gran masa del pueblo, incluso por aquellos que, víctimas de la rígida estratificación social del país, viven enteramente al margen de la cultura. Esta dicotomía, muy común en la vida española, revela con claridad meridiana el divorcio existente entre la asepsia intelectual de una élite ajena a los problemas y traumas de los seres humanos concretos y las preocupaciones a menudo confusas de éstos que, a falta de un cauce de expresión adecuado, se manifiestan de modo tangencial y oblicuo en forma de bromas y chistes en torno a lo indecible, excluido, negado. Fenómeno de carácter neurótico que divierte la cultura del terreno fecundo del que normalmente debería extraer su savia y al pueblo de la posibilidad de acercarse a ella en razón de su anemia, atmósfera enrarecida,

abstrusa jerga erudita, absurdo mandarínato con el resultado archiconocido: un pueblo desprovisto de una cultura auténticamente suya, en la que se vea reflejado el cuerpo entero y una cultura antipopular, que prescinde del ser de carne y hueso y lo convierte, en nombre del viejo cristianismo opresor o la actual religión del progreso, en una mera entidad abstracta.

**E**L examen de la actitud tradicional de la cultura española con respecto al cuerpo, desde los Reyes Católicos hasta la fecha, merecería un estudio aparte. El

odio a la felicidad corporal de la mayoría de nuestros escritores es realmente prodigioso, y un estudio psicoanalítico de autores como Menéndez Pidal o Unamuno nos reservaría sin duda grandes sorpresas. Ahora bien, como sabemos desde Freud, gracias a su discutible, pero penetrante análisis de la cultura como neurosis o satisfacción sustitutiva del goce corporal, la represión actúa todavía con mayor fuerza sobre el excremento que sobre lo propiamente sexual. A partir de ello es posible comprender e interpretar las fobias, complejos, repulsas de una cultura que ha procedido siempre a cubrirse y a cubrirnos de esta realidad fisiológica por medio del silencio, la ocultación, el desprecio. El simple hecho de que el tema, fundamental en la obra de Quevedo, no haya sido tratado aún con la seriedad que merece, indica hasta qué punto estas represiones y censuras siguen actuando hoy incluso entre nuestros críticos más avanzados. Bajo este concepto, una exploración minuciosa de la mente de algunos quevedistas resultaría tan significativa para nosotros como la del propio Quevedo. Consciente o inconscientemente, y so capa de la presunta asepsia científica, nuestros investigadores han pretendido escamotear la obsesión excremental del autor del "Buscón" en razón de que no cuadra con el esquema de sus altos valores intelectuales. El silencio de numerosos estudiosos de "La Celestina" acerca de los ori-

genes judíos de Rojas, como su rechazo de la coprofilia de Quevedo son el mejor ejemplo, en el campo de la crítica literaria, de la persistencia y fuerza de los tabúes con los que aquéllos se enfrentaron. La negación, decía Freud, es un modo de tener en cuenta lo que está reprimido: la supuesta superioridad cultural y moral que esgrime, por ejemplo, Menéndez Pidal al abordar los campos léxicos tabúes en la obra de Góngora o Quevedo disfraza apenas el carácter estrictamente emotivo de sus reacciones —como la de negarse a transcribir para los lectores, a causa de su índole "re-

## Juan Goytisolo

pungnante", la comparación burlesca, trazada por el primero, entre los ojos de una dama y dos orinales.

El tabú que envuelve en la mayoría de expresiones culturales del *homo erectus* la actividad sexual y las deyecciones corporales obedece tal vez, como ha observado Leach, al deseo de suprimir las categorías intermedias entre el "yo", lo "mío" y el "no yo", lo "ajeno". En un sugestivo comentario a sus investigaciones, el hispanista norteamericano Larry Grimes señala con razón que "las excreciones corporales (la orina, el excremento, el semen) forman una categoría de suma ambigüedad; son productos del cuerpo que se separan y expelen al mundo exterior. Puesto que tienen las características tanto de A (es decir, yo, lo mío) como de B (no yo, ajeno) las expresiones referentes a estas sustancias forman parte de la categoría mediadora C, y son objeto de una fuerte interdicción tabú. Lo mismo con la actividad erótica y los órganos sexuales, que representan una zona de confluencia y confusión por contacto directo de dos entes físicos" (1). Esta necesidad de distinguir entre los posibles objetos del deseo infantil, entre el yo y el no-yo, se extendería igualmente a los individuos del mismo sexo y familia, incluyéndolos así en la categoría proscrita y creando los tabúes de la homosexualidad y el incesto.

(1) Larry Grimes, "El tabú lingüístico: eufemismo, disfemismo e injuria en México". Estudio todavía inédito.

La conducta de la sociedad tocante al tabú lingüístico oscila según las épocas y países. A veces, la actitud severamente moralista del pueblo contrasta con la laxitud y tolerancia de los escritores y en general de las minorías cultas; otras, la posición rígida y puritana de éstas es un fenómeno de reacción contra la tolerancia de los sectores populares respecto a las realidades molestas e impone una evasión eufemística que extiende los campos léxicos tabúes hasta límites inimaginables. Como es lógico, dichas oscilaciones no atentan a la vigencia inalterable del tabú; se trata tan sólo de un problema de gradación en el ámbito de la neurosis. En contra de lo que suele decirse, la coprofilia de Quevedo, en vez de ser reflejo de una mente enferma es, paradójicamente, un síntoma de buena salud: el autor del "Buscón" expresa a su modo la neurosis general de la Humanidad, dando libre cauce a las obsesiones y fantasmas ligados al reconocimiento de nuestra realidad corporal y son precisamente quienes la desdennan y miran por encima del hombro los que descubren la profundidad incurable de su mal al negarse a admitir aquélla ocultando con verdadera histeria el acto "vergonzoso" de defecar. La escatología de Quevedo nos permite encuadrar en su verdadera perspectiva todos aquellos elementos de su obra que la exceden, complementan o contradicen; *velis nolis*, la asepsia del intelectual puro, en virtud de la consabida dialéctica de la negación y el retorno de lo reprimido, excrementiza y marca con un sello visceral la totalidad de su visión creadora en el campo de la cultura. La neurosis de Quevedo deviene así en el caso de muchos quevedistas una neurosis al cuadrado, una abstracción que deshumaniza al hombre y lo aleja todavía del cuerpo delictuoso que eructa, babea, escupe, orina, defeca y emite ventosidades.

**H**UMILLACION paulatina del valor del cuerpo desde la sociedad peninsular de Al-Andalus hasta el mal llamado Siglo de Oro de la exaltación jubilosa del placer carnal que embebe la obra de Ibn Hazm y el Arcipreste de Hita, pasando por la actitud ambigua

y cínica del de Talavera, para llegar a la traumatizada visión quevediana de la mujer en algunos pasajes sobrecogedores de "La hora de todos": mientras la pintura del edén coránico cautiva la mente del musulmán con el colorido y sensualidad de su paleta, el cristianismo ha fracasado de modo lamentable en su tentativa de representarnos el cielo. Sólo la imagen del infierno trazada por sus predicadores con un lujo aterrador de detalles, adquiere un carácter consistente y gráfico. La abstracción y la insipidez de las descripciones del fastidiosísimo reino de los bienaventurados establece una neta separación entre la religión que rehúsa el cuerpo y la felicidad de los sentidos y otra que los prolonga y perpetúa en la vida ultraterrenal. Religión y erotismo no son términos antagónicos para el musulmán; su ley no le veda las satisfacciones del placer físico y su paraíso es una condensación portentosa de todas las fan-

tasías y quimeras del hombre del desierto: jardines de voluptuosidad con frutas, palmeras, granadas; aguas que corren mansamente; vino exquisito que no embriaga; lechos nupciales; muchachas de ojos negros, grandes y cándidos que ningún hombre habrá desflorado antes y que, aun después de ser poseídas, seguirán siendo vírgenes; mancebos hermosísimos que estarán siempre en la flor de la edad, etcétera (2). Gracias a la simblosis vital de Juan Ruíz, el "Libro del Buen Amor" es una obra típicamente mudéjar en la que los términos cuerpo y espíritu, en lugar de contraponerse y excluirse, actúan de modo armonioso y complementario. Pero la derrota del Islam y el largo proceso de erradicación de sus valores del ámbito de la sociedad hispana abren camino al vio-

(2) Las descripciones más circunstanciadas del paraíso figuran en los capítulos 37, 47, 52, 55, 56 y 76 del Corán. Inicialmente que dichos fantasmas son exclusivamente masculinos.

lento antifeminismo y la represión del cuerpo que configurarán nuestra cultura desde fines del siglo XV hasta la fecha. La línea divisoria se sitúa, como es obvio, en el reinado de Isabel la Católica: durante éste no sólo se expulsa a los judíos y se crea la Inquisición para vigilar a los conversos: se prohíbe también la importación de libros (es decir, la libre circulación de ideas) y se condena a bigamos y sodomitas a la hoguera (esto es, la soberana disposición del cuerpo). Lentamente, la vida cultural del país deriva hacia la esquizofrenia cotidiana de vivir entre dos planos adversos e incompatibles —amor bajo y amor cortés, poesía elevada y cancionero de burlas provocantes a risa (3). La obra genial de Quevedo muestra mejor que ninguna otra la gravedad del insoluble conflicto— la imagen adorable de la mujer deseada destruida por la evocación de lo que

(3) La cuestión de los géneros literarios no tiene nada que ver con esto.

expelle: sangre, excremento u orina. "Considerarla padeciendo los meses", advertirá nuestro poeta al enamorado galán con el propósito de profanar su visión sublimada y etérea, para añadir a continuación, con acentos dignos de Tertuliano o san Ambrosio que, "cualquier estatua de palo tiene menos asqueroso fundamento".

Dicho proceso de abstracción y envilecimiento no es exclusivo de la literatura. La vieja saña del catolicismo a la limpieza del cuerpo —tanto cuanto acentúa su condición de objeto erótico— se manifiesta desde fecha temprana en forma de una ofensiva general contra los baños y la elaboración de un conjunto de doctrinas que excusan la suciedad física en nombre de la limpieza moral de las costumbres. "Aunque los baños existiesen a veces en Hispania como tradición romano-visigoda antes de la llegada de los musulmanes, escribe Américo Castro, su presencia entre



Litografía de Antonio Saura, que interpreta "Los sueños" de Quevedo.



## QUEVEDO:

los cristianos de las tierras reconquistadas era reflejo de usos musulmanes. Cuando en 1086 pareció en la batalla de Zalaca el infante Sancho, hijo de Alfonso VI, el rey preguntó a sus sabios por qué se había debilitado el esfuerzo bélico de sus caballeros; respondieronle ellos que porque entraban mucho a menudo en los baños et se daban mucho a los vicios. El rey fizo entonces derribar todos los baños del reino (Crónica General, página 555). No todos los baños serían derribados y probablemente se trata de una leyenda. Queda, de todos modos, la idea de ser los baños, muy practicados por los moros, una causa de debilidad y vicio (4). Nietzsche, por su parte, menciona en el "Anticristo" que la entrada de los Reyes castellanos en Córdoba se acompañó con la destrucción de todos los establecimientos de baños de la ciudad. Poco a poco, éstos cayeron en desuso entre los cristianos, "y desde 1526, añade Castro, se procuró suprimir los de los moriscos [...] En 1576 tuvo lugar una solemne ceremonia y fueron derribados todos los baños artificiales" que había en Granada. La gente olvidó la costumbre de lavarse a menudo, en España lo mismo que en Europa, hasta bien entrado el siglo XIX.

Los personajes femeninos del Arcipreste de Talavera mencionan todavía en sus sabrosos monólogos su asistencia a las termas. Un siglo más tarde, en una de las "Parras" de Timoneda, el narrador incluye en la descripción idealizada de una bellísima muchacha, a quien contempla a hurtadillas, la siguiente frase: "Estando la doncella espulgando a Finea"... El acto de quitar las pulgas a la amada cabla, pues, en una pintura sublimada de la misma. La suciedad corporal abarca a todas las clases sociales y aguarda, por así decirlo, la llegada de un genio que la describa. Quevedo representará entonces la apoteosis vengadora de lo fisiológico y visceral —la toma de conciencia del cuerpo negado con su mugre, deyecciones, saliva.

**R**ÉPRESIÓN sistemática del cuerpo mediante su radical desposesión del verbo. Expansión omnívota de un pensamiento opresor que lo niega, rebaja, insulta. Hasta llegar a la situación límite que desdichadamente

conocemos: la realidad de un organismo mudo, inerte, culpable, condenado sin apelación por el lenguaje —pulsión rebelde que no puede nombrarse, que debe combatir a cada paso el monopolio del diccionario, que necesita pensar y afirmarse contra su propio instrumental expresivo. Devolver la voz al cuerpo nos parece todavía una empresa quijotesca, casi descabellada— incursión temeraria en terreno minado, en el corazón del campo enemigo: tomar uno a uno los vocablos condenatorios, emprender con ellos un violento forcejeo, darles la vuelta como a un calcetín, transformarlos en boomerang que acomete y pillas por sorpresa a los celosos guardianes de la palabra.

La universalidad del deseo, la búsqueda de un placer ajeno a los límites miserables que impone la realidad choca inevitablemente con los grandiosos edificios "racionales" erigidos por credos, religiones, ideologías. La civilización, como sabemos, ha sido el resultado de una lucha feroz por la existencia que ha supeditado la satisfacción de los impulsos primarios del individuo a imperiosos objetivos sociales. En virtud de la vieja oposición entre libido y productividad —de la que un pensador como Ibn Hazm fue plenamente consciente—, el hombre pierde poco a poco el contacto con su realidad corporal —orgánica, evacuatoria y sexual— en nombre de una serie de valores inhumanos y abstractos —esquemas aparentemente racionales que desembocan a fin de cuentas en monstruosas tiranías. La ideología monolítica y su criatura, el estado totalitario, prescindieron de la realidad física del hombre, lo metamorfosean en cuerpo glorioso, lo deshumanizan: mera cifra o entidad incorpórea cuya salvación o bienestar requiere la eliminación de quien se proclama distinto, marginal o inasimilable; simple instrumento al servicio de la intangibilidad del credo o de la doctrina.

Ni el nazismo ni el estalinismo inventaron nada. La expulsión de los judíos, la persecución y quema de apóstatas, herejes o sodomitas implica ya el triunfo de una concepción "racional" que deja de lado a los hombres de carne y hueso en aras de la pureza de los principios. El réprobo relajado al brazo secular no es un ser humano que se retuerce de dolor y grita. Es un alma protérra, una entidad totalmente abstracta e irreal. La España que conoció Quevedo es el paradigma perfecto de un proceso de sublimación framente elaborado en el que los detentadores del poder, los custodios de la doctrina pueden discutir, por ejemplo, de la suerte de sus paisanos moriscos en términos parecidos a los que emplearán tres siglos y medio después los nazis al plantearse, con perversa lógica, la inevitable "solución final": la documentación pu-

blicada por Boronat nos muestra a la clase dirigente de la época —gobernadores, nobles, altos dignatarios eclesiásticos— preconizar por turno para aquella "maldita cizaña", el exterminio puro y simple, la muerte de los padres y esclavitud de los niños, "el que se les metiese en bajeles barrenados sin remos, timones, jarcias ni velas", el destierro a alguna isla desierta e incluso la castración y subsiguiente envío a las zonas más desoladas de Labrador o el estrecho de Magallanes, todo ello sazonado con protestas de ferviente caridad cristiana e invocaciones a la divinidad (5). Sometido a la tiranía implacable del discurso enemigo, el cuerpo resiste como puede al proceso sublimador que lo oculta y abstrae, sin enfrentarse con todo —lo que sería imposible— a la ideología dominante. Evocar el excremento, saliva u orina será una forma discreta de recordarnos su presencia, de hacerlos sentir que "está ahí". Vista desde tal perspectiva, la discutida coprofilia de Quevedo traduce la protesta de un cuerpo que rehúsa la condición de "glorioso" y asume provocativamente su **inmunda culpabilidad**.

**E**N un conocido episodio del "Buscón", durante la estancia de Pablos y don Diego en Alcalá, los compañeros de habitación de la posada en que se hospedan gastan al primero una terrible novatada: defecan en su cama. El descubrimiento de las deyecciones y el olor que despiden llenan de vergüenza y congoja al desdichado protagonista del relato. Cuando entra su amo y advierte el olor, Pablos intenta ocultar las heces que le envuelven. Don Diego porfia en sacarle del lecho y le tira tan fuerte de un dedo que se lo descoyunta, con lo que obliga a Pablos a destapar el excremento vertido en medio del regocijo y burlas de la maligna cofradía de estudiantes (6).

La abundancia de lances y alusiones escatológicas a lo largo del libro me exime de la enojosa tarea de enumerarlos: los orines, materias fecales, salivajos son ingredientes esenciales de la trama novelesca y desempeñan sin lugar a dudas una función primordial. Aunque dichos elementos son bastante comunes en la literatura de la época —y se convierten a menudo en un caso de formalismo temático— la importancia que asumen en la obra de Quevedo no sólo en razón de sus implicaciones sociales, sino asimismo psicoanalíticas reviste un carácter verdaderamente excepcional.

Para Maurice Molho —a quien

(5) Pascual Boronat, "Los moriscos españoles y su expulsión", Valencia, 1901.

(6) Como "La Celestina", "El Buscón" es una obra sin héroes ni villanos —una lucha de intereses egoístas sometida a la ley del más fuerte. El reciente análisis de Carroll B. Johnson, "El Buscón: D. Pablos, D. Diego y D. Francisco", Rev. Hispanófila, 1974, arroja a mi modo de ver nueva luz sobre los designios secretos de su creador.

corresponde el mérito bastante raro de abordar sin remilgos dicho sujeto— la complacencia quevediana de mostrar a los personajes en el acto de defecar, orinar, hablar o escupir y en general de aprehender al ser humano como cuerpo esencialmente excremental, responde a un proceso de cosificación y revela un "insuperable desprecio del hombre". Al comentar el episodio en que los estudiantes bromistas cubren a Pablos de gargajos, dejándole nevado de cabeza a pies, nos dice que vemos "degradarse al hombre hasta aparecer bajo la cosificante imagen de un organismo, o más bien de un autómata fisiológico, defecador y esputador, capaz de secretar a voluntad el excremento y los mocos de los que está henchido"; y el pasaje en el que el narrador come con unos truhanes y éstos se emborrachan y beben de bruces en una artesa de vino le sugiere la siguiente observación: "La degradación consiste aquí en hacer descender la persona fisiológica al nivel del animal que bebe en el pilón, revolcado en el suelo, como si la posición erecta, atributo específico del hombre, le estuviese prohibida" (7).

Ni que decir tiene que Molho acierta en el propósito del gran escritor de representarnos al ser humano a un nivel estrictamente fisiológico y visceral —pero nuestra interpretación de dicho designio será diametralmente opuesta a la suya. Frente a una ideología monolítica que hace abstracción del ser de carne y hueso y lo sustituye con una entelequia, recordarnos que el hombre es un animal que engulle, orina, espupa y defeca, lejos de rebajar al ser humano y transformarlo en objeto, contribuye, como vio muy bien Bataille, a preservar su conciencia de existir en sí y para sí. Mientras la ideología tiránica niega el cuerpo a fin de ganar el cielo o lo reduce a la condición de un instrumento de trabajo al servicio de la productividad, la presunta animalidad evita al individuo la pesadilla de la abstracción judeo-cristiana y de la reificación capitalista y burocrática. Dado el estigma que envuelve al goce sexual a ojos del catolicismo —más de una vez los héroes de la picaresca, engañados por alguna dama de escasa virtud, escapan a toda prisa de la alcoba de ésta y caen en un balde o barril lleno de excrementos—, las funciones fisiológicas y excretoras del ser de carne y hueso devienen, por así decirlo, un último reducto de resistencia indómita que en vez de rebajarle y cosificarle, le afirma y humaniza. La coprofilia de Quevedo se nos ofrece entonces bajo una luz diferente: como respuesta del cuerpo mortificado al proceso alienador que lo sublima.

La índole subversiva del pensa-

(7) M. Molho, "Introducción al pensamiento picaresco".

(4) A. Castro, "La realidad histórica de España", tercera edición, Porrúa, México, página 271.

miento quevediano aparece todavía con mayor claridad en su poesía satírica. Quevedo expresa a su manera el *inter urinas et faeces nascimur* en uno de los versos más crudos y sugestivos de nuestra lengua: "La vida empieza en lágrimas y caca" —pero, dejando de lado las numerosas referencias al excremento y ventosidades que salpican sus poemas, me referiré tan sólo a la audacia sacrilega con que empareja la cara con el culo, imponiendo sobre la pirámide de diferencias intelectuales y sociales del ser humano una visión radicalmente igualitaria y anárquica:

"Que tiene ojo de culo es evidente,  
y manojito de llaves, tu sol rojo,  
y que tiene por niña en aquel  
ojo atezado mojón duro y caliente.  
Tendrá legañas necesariamente  
la pestaña erizada como abrojo,  
y guñará, con lo amarillo y flojo,  
todas las veces que a pujar se  
siente.

La voz del ojo, que llamamos  
pedo  
(ruiseñor de los putos) detenida...

La llaneza de tu cara  
en nada la disimulo,  
pues profesara de culo,  
si un ojo no le sobrara".

La jerarquía de los rostros, nos dice Quevedo, es una simple máscara destinada a hacernos olvidar la condición uniforme, común de la escamoteada *faz inferior*. Equiparar cara y culo, evocar la estrechísima relación entre los dos rostros —el exhibido y el oculto, el libre y el preso— equivale a impugnar de raíz el arduo proceso sublimador y es un primer paso en el camino que nos conducirá algún día a la indispensable reapropiación del cuerpo. En este y otros puntos que no puedo tocar aquí, la obra de Quevedo —independientemente de aquellos factores que, como veremos luego, nos la hacen odiosa— refleja con lucidez el insoluble conflicto entre cuerpo y razón y es un grito de alarma de aquel contra la tentativa de convertirnos en ángeles o máquias —proceso de abstracción o cosificación que dignifica por contraste la llamada animalidad y confiere un carácter humano a sus humildísimas deyecciones—.

La obsesión escatológica de Quevedo sólo puede compararse con la de otros dos grandes escritores europeos: Rabelais y Jonathan Swift. Pero mientras las referencias a las funciones fisiológicas y sus productos se integran, en el primero, en una concepción unitaria de la vida más propia de la Baja Edad Media que del Renacimiento —y de ahí sus numerosos puntos de contacto con el mundo del Arcipreste de Hita, Chaucer y

Boccaccio—, en el caso de Swift, su neurosis parte de la misma raíz traumática que la del poeta español y sus diferencias de matiz obedecen únicamente al rumbo divergente de las dos sociedades en cuyo seno vivieron y crearon.

Debemos a Norman Brown el primer estudio serio y sistemático de la visión excremental del irlandés —monomanía que se manifiesta especialmente en la cuarta parte de "Los viajes de Gulliver" y en sus últimos poemas: *The Lady's Dressing Room*, *Strephon and Chloe* y *Cassinus and Peter*. La materia subyacente de éstos es la oposición irreductible entre nuestra animalidad, patente sobre todo en el acto de evacuar, y las orgullosas pretensiones de un amor sublimado y platónico. "El rasgo peculiar swiftiano en el tema de Caelia, dice

Gulliver, los reiterados episodios fecales en que Swift se deleita —por ejemplo, el ritual de la tribu de descargar los excrementos sobre la cabeza del jefe depuesto— nos traen irresistiblemente a la memoria otros lances y pasajes de Quevedo en los que la coprofilia alcanza las dimensiones de una auténtica apoteosis. Compendiando las cosas, podemos decir que la relación que establecen uno y otro escritor entre el cuerpo y el alma, lo fisiológico y espiritual explora el vasto campo de sublimaciones culturales que el psicoanálisis estudiará más tarde y rompe a su manera el círculo vicioso opresor en el que el hombre se encierra.

Las discrepancias que existen entre ambos responden —como ha visto muy bien Octavio Paz (9)— a la diversa actitud ante el cuerpo y

pecado original y a la naturaleza caída del hombre. El protestantismo inglés —aunque mucho menos rígido en la esfera de la ideología— actúa, en cambio, con mayor violencia contra el goce sexual aun "legítimo" y procede por primera vez en la Historia a la ocultación neurótica del acto de defecar. El triunfo de la estética y asepsia olfativa traerá como inevitable corolario la inmundicia y hedor de la mente; en el suave, gratisimo reino del WC, papel higiénico y desodorantes todos somos deudores de un modo u otro a las liberadoras fantasmas excrementales de escritores como Quevedo y Jonathan Swift.

EN el prólogo a su excelente Edición de las "Obras Completas" de Quevedo, el profesor Blecuá, al examinar las composiciones satíricas de nuestro autor, dice que "tres o cuatro temas se vuelven obsesivos, como el de las doncellas pediguéñas, el de los cornudos y el del poder del dinero" (10). Si bien ello es cierto en términos puramente cuantitativos, es de lamentar que Blecuá haya desdeñado ocuparse en otras materias mucho más personales y significativas, cuya repetición a lo largo de la obra quevediana frisa en la idea fija —no sólo en la ya citada del excremento, sino también en varias manías y fobias tenaces que descubren algunos recovecos y entresijos de la compleja, tortuosa figura del gran escritor: repugnancia y temor a las enfermedades venéreas (y de ahí las alusiones al hospital de Antón Martín y los juegos de palabras con el "mal francés"); racismo virulento dirigido en primer lugar contra lo judío, pero igualmente contra moros (véanse sus poemas "A una mujer afectada", "Matraca de paños y sedas", "A un morisco llamado Moisés") y aún africanos ("A un ermitaño mulato", "Boda de negros"); aversión enfermiza, en fin, al "abominable crimine pessimo" ("A un bujarrón", "Epitafio a un italiano llamado Julio"). Estos asuntos —que afloran asimismo en los escritos y actitudes psicopatas del autor del "Mein Kampf"— constituyen tal vez la clave secreta del pensamiento reaccionario, edificado siempre sobre una ciénaga de temores, repulsas y odios —menos contradictorios de lo que a primera vista parece— a la promiscuidad (goce sexual), lo inasimilable y ajeno (razas, culturas diferentes) y la realidad traumática del año y la atracción latente hacia lo fecal (sodomía) (11).

Las fobias íntimas de Quevedo —personaje repulsivo y fascinador como pocos, mezcla fantástica de anarquista, guerrillero de Cristo Rey y agente de la NKVD o de la



Portada de la primera edición de "El Buscón", en Barcelona, 1926.

Brown, es la idea de que existe una absoluta contradicción entre el estado de enamoramiento y la conciencia de la función excremental del ser amado" (8). Nos referíamos antes al horror de Quevedo ante la evocación del cuerpo femenino "padeciendo los meses". Swift reemplazará la imagen profanadora del achaque con la de la evacuación. Al enfrentarse al hecho, el irlandés admite y nos fuerza a admitir que la sublimación platónica de la amada se funda en una represión implacable de la analidad, con lo que la revelación de la verdad adopta necesariamente un carácter traumático. En cuanto al retrato de los Yahocs durante el periplo de

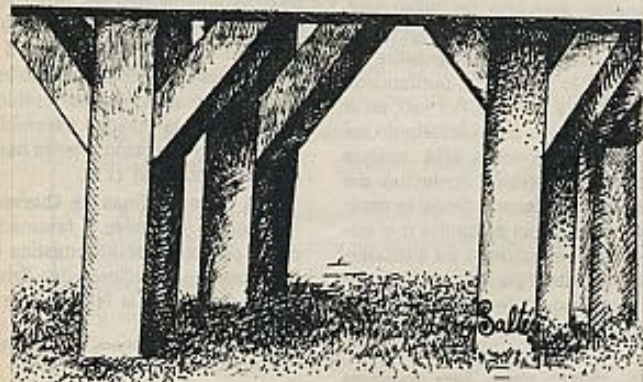
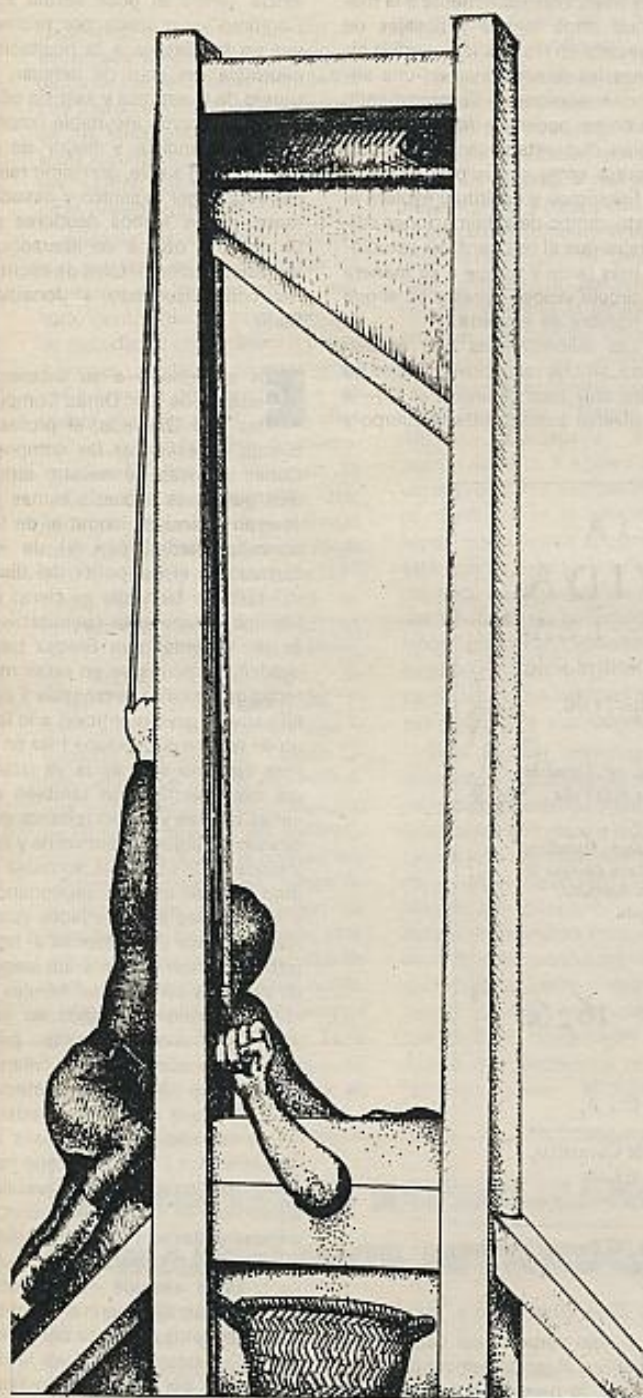
el trabajo corporal del catolicismo español y el puritanismo inglés. Para uno, la persona humana es un campo de batalla entre Dios y el demonio; para otro, un útil sometido al imperativo racional del trabajo. El catolicismo culpabiliza al cuerpo y lo humilla; el puritanismo lo cosifica y abstrae. Por eso, en el caso de Swift, el escándalo de las buenas conciencias será todavía mayor. La represión intelectual del catolicismo hispano niega la realidad corporal del sodomita o el hereje hasta el extremo de aniquilarlos en el ritual purificador de la pira, pero excusa la bajeza y abyección del ortodoxo atribuyéndola al

(8) N. Brown, "Eros y Tanatos", ed. Joaquín Moritz, México, 1967.

(9) Véase mi ensayo "Sobre conjunciones y disyunciones", aparecido en "Destino", del 1-1-1976.

(10) Francisco de Quevedo, "Obras Completas", t. I, ed. Planeta, Barcelona, 1963.

(11) La referencia al Reich y a sus análisis del fascismo me parece aquí indispensable.



**QUEVEDO:**

CIA— aparecen resumidas en los numerosos poemas— más insultantes que satíricos— que escribió contra su rival y enemigo el poeta don Luis de Góngora. La saña persecutoria del madrileño le conduce a centrar sus venenosos ataques en aquellos puntos susceptibles de desacreditar al cordobés a ojos de sus paisanos e incluirlo en el "ghetto" infamante de lo proscrito: judaísmo y homosexualidad— imagen espantajo por excelencia que los centinelas de la fe y buenas costumbres se esforzaban en exorcizar en aquellos benditos tiempos mediante el envío de los culpables a las mazmorras y quemaderos del Santo Oficio—. Veamos unos pocos ejemplos:

¿Por qué censuras tú la lengua  
[griega  
siendo sólo rabí de la judía,  
cosa que tu nariz aún no lo nie-  
ga?

En lo sucio que has cantado  
y en lo largo de narices,  
demás de lo que tú dices,  
que no eres limpio has mostrá-  
do.

Muy dificultoso eres,  
no te entenderé un letrado,  
pues, aborreciendo puercos,  
lo puerco celebras tanto.

Yo te untaré mis obras con toci-  
[no,  
Para que no me las muerdas,  
[Gongorilla.

Si las referencias antijudaicas son casi continuas, las antisodomíticas no abundan menos:

De vos dicen por ahí  
Apolo y todo su bando  
que sois poeta nefando,  
pues cantáis culos así.

Poeta de bujarrones  
y sirena de los rabos,  
pues son ojos de culo  
todas tus obras o rasgos.

Bosco de los poetas,  
todo diablos, culos y braguetas,  
y dicen lenguas ruines  
que de atrás os conocen floren-  
tines.

Este, en quien hoy los pedos  
[son sirenas,  
éste es el culo, en Góngora y en  
[culto,  
que un bujarrón le conociera  
[apenas.

En estos y otros pasajes, Quevedo insiste en la índole excremental del pecado nefando ("dejad de

ventosidades", "albañal por do el Parnaso", "almorrana de Apolo", "doctor en mierda y graduado en pujos", etcétera), en virtud de la cual aquél es condenado menos por el hecho de ser un placer horro de fines procreativos (como es el caso, por ejemplo, del onanismo o *coitus interruptus*) que por conjugar en el acto de la cópula (ya sea heterosexual u homosexual) el falo y el ano, el semen y las heces—imagen doblemente traumática para una conciencia que niega la realidad del cuerpo y oculta con asco sus "servidumbres" fisiológicas. Con la ejemplaridad única en que expresa la alienación en una forma totalmente alienada, Quevedo transforma el ano en ojo y la boca en ano, imponiéndonos así, aun para estigmatizarla, la identidad del rostro inferior y superior, del culo y la cara:

Hombre en quien la limpieza fue  
[tan poca  
(no tocando a su cepa),  
que nunca, que yo sepa,  
se le cayó la mierda de la boca.

Dicenme tienes por lengua  
una tripa entre los labios,  
viendo que hablas con ella  
ventosidad todo el año.

Su aversión antisodomítica será tanto más fuerte cuanto mayor haya sido el poder de atracción secreto que sobre él ejercen el ano y la materia fecal. No es necesario ser un experto en asuntos de psicoanálisis para saber que lo que se veda o censura es forzosamente objeto de un deseo: sería absurdo prohibir—e incluir en el campo léxico tabú—lo que nadie—ni aun en sus sueños— tiene el menor deseo de realizar.

Si el inconsciente reprimido que ocasiona la neurosis es, como pensaba Jung, un inconsciente colectivo, cabe la posibilidad de interpretar la literatura española aun como mera hipótesis de trabajo, en términos de retención, de estreñimiento. Así, los escasísimos y amazotados frutos—en verdad coprolitos— de nuestras letras por espacio de dos siglos—exceptuando los de media docena de autores conocidos de todos— y las presuntas cualidades de un estilo conciso, duro, escueto, seco—que se suele atribuir a la gravedad y adustez de la meseta castellana—, serían en realidad producto de una actitud paliativa y avara respecto a la materia que expulsemos. La estrecha relación entre escritura, impulso sexual y excremento no puede ser ya ignorada por nadie. Estudiar la coprofilia de Quevedo sin anteojaras ni repugnancia—arrancándola de las pinzas y gasas de una erudición que tan a menudo la esteriliza— puede constituir un excelente punto de partida para la comprensión y cura eventual de nuestras seculares heridas y traumas. ■ J. G.